

El amor en la ciudad

Mayra de Hanze

*Analista Practicante (AP) de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL Guayaquil).
Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.*

En el año 85 una joven escritora guayaquileña [1] publica lo siguiente:

*El reloj miró la tierra
y la tierra se hizo tiempo
una cinta en su cintura
dió forma a sus latido
su olor a humanidad
es una especie de espesura
erecta de pisadas
se dio el lujo de esgrimirse
no es redonda como dicen
es un motín de avergonzados*

Después de veinticinco años, una generación de jóvenes adolescentes y jóvenes adultos nos hacen saber lo contrario.

Dicen los comunicadores que trabajan con grupos juveniles, sociólogos, intérpretes y moderadores de grupos juveniles marginales, que se trata, más bien, de un motín de desvergonzados.

El malestar lo ubican rápidamente en el deterioro del lenguaje, traducido como una pobreza lingüística.

Los profesores alarmados preguntan, qué hacer, ante la imposición de un sensual y violento lenguaje corporal, marcado por ritmos y sonidos que expresan una parafernalia báquica ya no ejecutada al margen o litoral de la ciudad sino en el centro de ella.

¿Y del amor? ¿Qué decir?, ¿cómo se aman? Tal vez ya no hay avergonzados como efecto de encuentros anónimos y silenciosos; a cambio, encontramos solitarios.

En este escenario que Eric Laurent nombra como *el crepúsculo del deber y la aurora del síntoma* ¿qué puede decir el psicoanálisis de la relación amorosa?

Jacques Lacan, en el Seminario XI, opone la lógica del inconsciente, en la que el objeto siempre está perdido, a la lógica del amor, en la que siempre se encuentra el objeto.

Un amor que no se propone eterno es odioso, porque el amor apuesta a la intemporalidad, quiere desconocer el tiempo.

La experiencia analítica nos enseña el carácter intermitente del deseo como sexual. La constancia, el carácter indestructible del deseo inconsciente, es compatible con las variaciones de la investidura de un objeto particular, precisamente porque el goce tiene consecuencias sobre el deseo.

Freud no retrocede cuando nos dice lo que significa gozar del objeto: todo goce del objeto tiene por consecuencia un rebajamiento de su valor erótico. Y esto muestra que el goce tiene una temporalidad, una temporalidad de tensión en la insatisfacción y de resolución en la satisfacción.

El punto de vista de Freud está ordenado sobre todo a partir de lo masculino.

En el hombre, el ciclo del goce está perfectamente marcado. El goce fálico tiene un ciclo y es el instrumento y sede de ese goce.

Del lado masculino, se trata de un goce escandido, numerable, contable.

Freud se da cuenta de que el valor erótico del objeto sufre una disminución después de ese acontecimiento, pone en evidencia que hay una incidencia directa del acontecimiento del goce sobre el valor erótico del objeto.

Del lado femenino las cosas ocurren de otro modo. Eso está marcado por la exigencia del amor sobre el relevo temporal del goce. Una vez que el goce del hombre ocurrió, es preciso que el amor ocupe su lugar.

¿Qué indican estas dos formas distintas? Indican lo que, de acuerdo con cada una de estas dos estructuras, un sexo va a buscar en el Otro, es decir, la forma que se le impone a su objeto; por tanto, dos objetos, el objeto fetiche y el objeto erotomaniaco.

Lo que distingue a la forma fetichista, es un objeto que se satisface en el circuito de supresión de la palabra: el objeto fetiche es, por excelencia, el objeto que no habla; se puede hacer el amor sin hablar.

El hombre heterosexual habla porque se ve obligado, habla porque desde el otro lado, lo que se exige es el objeto erotomaniaco. El objeto erotomaniaco del deseo de la mujer es un objeto que tiene, por el contrario, la forma del Otro tachado y que es esencialmente el Otro que habla, mientras que el objeto fetiche se representa mediante a minúscula. El objeto a minúscula, aquí, condiciona una erótica del silencio. Del lado del objeto erotomaniaco, la palabra del Otro es un elemento intrínseco del goce.

Podría decirse que ahí donde el hombre obtiene goce, la mujer obtendría amor. Es necesario precisar que del lado mujer, el amor está tejido en el goce y es indisoluble.

Esta construcción es coherente con la noción que cuestiona la validez de la fórmula del fantasma para ambos sexos. Lacan, en la elaboración que se encuentra en su grafo, escribe $\$ \diamond$ (Sujeto tachado rombo a), para ambos sexos. Pero esta fórmula vale especialmente para el hombre, mientras que para el lado mujer conviene sustituir esta a minúscula por una \mathbb{A} (\mathbb{A} tachada), ese Otro del deseo que ha de hablar para que el sujeto reconozca en él a su objeto.

Esta distribución sexuada es también lo que reporta el síntoma en el lado del hombre y el estrago en el lado de la mujer.

El goce femenino se basa en la diferencia entre goce fálico y goce suplementario. Lacan dice que este goce suplementario es el que es propio de la mujer y es aquel del que no dice nada. Este goce suplementario que se escribe \bar{A} (A tachada), hace que ella tenga dos caras. Por un lado, está el goce del cuerpo, en la medida que ella no está limitada al órgano fálico. Es un goce que rebasa el goce de la palabra.

La tesis de Lacan es que el goce de la palabra, es esencialmente el goce femenino suplementario, es el goce erotomaniaco, en la medida que requiere que su objeto hable, más exactamente que le hable. Al mismo tiempo es un goce del que no hay saber, un goce del que no se puede decir nada: está marcado por el sello de la ignorancia.

NOTAS

[1] Maritza Cino. Poemas.

BIBLIOGRAFÍA

1. Miller, Jacques-Alain, *Erótica del tiempo*, Buenos Aires, Editorial Tres Haches, 2001.
2. Miller, Jacques-Alain, *Una distribución sexual*, *Uno Por Uno* #47.